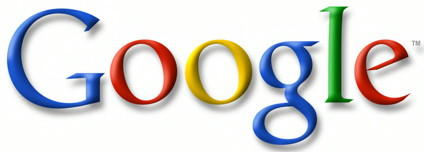
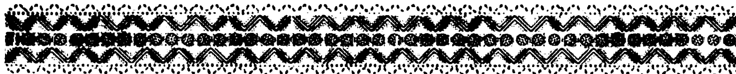


JOSÉ AUGUSTO DE IZCUE

El Gran Poeta Peruano

(Lectura hecha en la velada
que tuvo lugar en el Ateneo de Lima el 12 de
Febrero de 1900)

LIMA
LIBRERIA ESCOLAR E IMPRENTA DE E. MORENO
Calle del Banco del Herrador, Nos. 118 y 120
1900



EL GRAN POETA PERUANO

Excmo. Señor:

Señoras y Señores:

LA diadema de laureles que pende de los árboles funerarios del Tasso y de Zorrilla, rodeó las sienes de Luis Benjamín Cisneros. En este mismo recinto, uno de los mejores escenarios del Perú intelectual; en medio de una emoción que, desde el fondo de todos los espíritus, se expandía avasalladora y vibrante; al resonar de un sólo aplauso que era el latido de muchos corazones; á través de una atmósfera encendida por la admiración; el Ateneo, en nombre de la Patria, coronó al poeta ilustre y enfermo. (1). ¡Qué hermosos son los triunfos de la justicia!

---

(1) A iniciativa de los señores Juan F. Pazos Varela y José S. Chocano, miembros hoy del Directorio del Ateneo y activos factores de los trabajos que se emprendió para su reconstitución; tuvo lugar la ceremonia de que hago referencia, el 23 de Agosto de 1897.

En "La Gran Revista" que se publicaba entonces en esta capital, N.° 7 del año I, se registra todos los trabajos leídos en aquella velada. También se ve un

Carácter sugestivo revistió la solemnidad de la coronación. Importaba una reacción contra el desconocimiento del mérito artístico entre nosotros; y borró el pasado de lágrimas y miserias en que se agitaron tristemente aquí los amados de los dioses.

Más feliz que sus compañeros de inspiración, ay! rendidos muchos de cansancio, errantes otros sin patria y sin hogar, el bardo limeño vió florecer laureles sobre sus estrofas. La envidia, que nada respeta, le respeta á él. Su fama no se discute: baja sobre nuestro suelo, que ha bebido mucha sangre fratricida, como un nimbo de grandeza nacional. Todos estamos orgullosos de que haya nacido á orillas del Rímac, en la ciudad de las caballerezcas leyendas y de los dulces recuerdos, en la capital de la República.

Como la de Horacio, sentado á la sombra del alero de su casa de Tíbur, la vida de Cisneros, rodeado de sus hijos y de sus obras, pedazos de su alma, sería hoy la tarde de un tranquilo día. La enfermedad ha interpuesto su fatídico influjo...... (2).

---

buen retrato litográfico, aunque de fecha ya lejana, del señor Cisneros, con las insignias de miembro correspondiente de la Academia española de la Lengua y de caballero de la Orden de Isabel la católica.

(2) Al contestar el señor Cisneros la carta del Presidente del Ateneo invitándole á la velada de la coronación, comienza así un párrafo: "A pesar de los síntomas habituales de mi *neurótica dolencia*..............." En una poesía con motivo de un suceso del hogar, exclama:

...............ayer feliz! hoy desdichado
ejemplo de miserias! malogrado
por *obscura y cruel enfermedad!*

El hecho, en éstremo doloroso, es que el más notable de nuestros poetas, conservando la lucidez de su inteligencia y el fuego de su inspiración, yace dentro de la cárcel de sus propios miembros casi insensibles é inmovilizados.

La palabra sale imperfecta y con dificultad de sus lábios. Por eso su hermano, el Dr. D. Luciano B. Cisneros, uno de los escasos oradores de nuestra tribuna, dijo en el discurso de agradecimiento por la coronación: "En su encantado nido ó balanceándose en frágil rama, habla el ave lenguaje misterioso, cantando sus amores ó llorando sus penas. Habla el tierno niño y con la amorosa madre reza en el purísimo lenguaje de los ángeles las tiernas oraciones que traen al hogar las bendiciones del cielo. Habla también la naturaleza y en secreto lenguaje, sólo de Dios comprendido, sólo por Dios descifrado, braman las olas, ruge el viento, murmura el follaje, atruenan las cataratas y cascadas; y sin embargo, el poeta, cuya alma arde en el fuego del amor, cuyo corazón reboza en sentimiento y en ternura, es impotente para explicar al hombré en el lenguaje de los hombres, el fuego impulsivo que le agita, las vigorosas emociones que le exaltan!"

¡Respetemos la profundidad de esa desgracia material que por oculto designio, se enlaza á la mayor dicha que puede ambicionar la inteligencia: la propia y unánime glorificación, por uno mismo contemplada!

I

Castilla, el viejo mariscal, después de batallar sin tregua en múltiples filas, después de derrocar en Yungay á Santa Cruz, que significaba la dominación extranjera, y en el Cármen Alto á Vivanco, que encarnaba principios dictatoriales, entró en el palacio de los vireyes y, guardando la espada, inauguró la primera administración que el país ha tenido. Dotado por la naturaleza de condiciones de estadista, que no desenvolvió el estudio, pero que sí acentuó la experiencia y el conocimiento que de los hombres fué adquiriendo; llamó á su alrededor á personas ilustradas, se aplicó con ellas á la investigación de las necesidades públicas é imprimió á su Gobierno sello de solidez y seriedad.

Entonces comenzó á apreciarse el interés vital de la instrucción del pueblo; la importancia de las vías de comunicación; el porvenir de los ferrocarriles y de la navegación á vapor; la opulencia de las selvas amazónicas; el remoto pero trascendental efecto de la introducción de emigrantes europeos; la fórmula del crédito y del bienestar, encerrada en la buena recaudación é inversión de las rentas fiscales. Comprendióse entonces en lo que consistía la defensa nacional por mar y tierra.

Tres hombres distinguidos, aunque de tendencias diversas y de doctrinas opuestas, condensan el impulso al movimiento intelectual: D. Bartolomé Herrera, D. Cayetano Heredia y D. Sebastian Lorente. Una generación literaria, sucesora de la de Pardo y Segura, Ferreyros y Seguín, Castilla y Novoa, de 1848 á 1860, creció lentamente á su sombra. En los labios de la posteridad suenan los nombres de Clemente Althaus, el clásico poeta que entonó un himno al «Dos de Mayo» y que atráe con

la nostalgia que fluye de sus «Cautivas de Israel;» de Carlos Augusto Salaverry, lírico de imaginación brillantísima, que dá al soneto las formas más puras; de José Arnaldo Márquez, de audaz vuelo filosófico, traductor al castellano de Shakespeare; de Manuel Nicolás Corpancho, cantor del «Poeta cruzado» y de Magallanes; de José Antonio de Lavalle, castizo escritor, simpático y erudito historiógrafo; de Ricardo Palma, creador inimitable de las «Tradiciones»; de Manuel Adolfo García, cincelador de las célebres quintillas «A Bolívar»; de Pedro Paz Soldán y Unánue, profundo humanista y espíritu saturado de las amarguras de Juvenal. (3).

Entre ellos, Cisneros, fruto de un estado de tranquilidad y cultura, aparece modestamente. Cantó á Lenalah, casta obsesión de los veinte años, á su madre, el primer culto de todo hijo y á la patria, amenazada, á su juicio, en el futuro, por el movimiento de expansión europeo. Nada hacía preveer el ámplio rumbo que seguiría la nueva Musa, solo ataviada entonces de melancolía y sensibilidad. (4).

Pero hay en esos acentos iniciales una correcta naturalidad que no se oculta al crítico como elemento del porvenir del poeta y que, poco á poco, aún suponiendo que la fantasía de éste no se dilatára, iría convirtiéndose, por sí misma, en una relativa cualidad que, al fin, le enaltecería.

---

(3) La mayor parte de las literaturas americanas tienen su historiador, y aún historiadores, más ó menos aceptables. La nuestra, superior á varias de aquellas literaturas, carece de trabajos de ese género. Algo más: no contamos con suficientes ensayos críticos parciales informados por el criterio moderno, con exactas relaciones bibliográficas que suministren idea de la producción literaria, con verdaderas colecciones antológicas que presenten materiales sobre los cuales pueda ejercerse la crítica. Todo en tan importante ramo está, pues, por hacer.

A parte de conocimientos personales directa y penosamente adquiridos en mis estudios sobre literatura nacional, me ha servido para hablar de la generación en que figuró Cisneros, el artículo "La Bohemia de mi tiempo" que don Ricardo Palma puso al frente de la edición completa de sus poesías y que ha reproducido en su libro "Recuerdos de España."

(4) Como las poesías de Cisneros, las más dignas de ser coleccionadas, no lo han sido nunca, hay que recurrir á diversas fuentes para encontrarlas. Las composiciones que representan su primera época, están en el "Parnaso peruano" de José Domingo Cortés (Valparaiso, 1871) acompañadas de apuntes biográficos: titúlanse *De mi Album último*, *El triunfo del Dos de Mayo*, *A Lenalah* y *En el aniversario de su independencia*. Las estrofas que cito pertenecen á las dos últimas.

Al azar, tomo dos octavas:

Cuando en lecho de jacintos
se alza el alba, y las montañas,
campos, torres y cabañas
va inundando su esplendor;
cuando aún brilla solitario
del crepúsculo el lucero,
y suspira el valle entero
de paz, de dicha, de amor.................
....

Cuando en las tardes al hogar materno
iba algún viejo, inválido soldado,
y en él contaba, conmovido y tierno,
tu infortunio, tus glorias, tu pasado;
noble, indecible, sentimiento interno
se engendraba en mi espíritu exaltado,
y al contemplar de tu presente el luto
en mí sentía el corazón de Bruto.

Cisneros comenzó con el genuino lenguaje de la inspiración, que, por cierto, no consiste ni en hinchadas metáforas, ni en violentas trasposiciones, ni en extraños epítetos, ni en extravíos de originalidad, ni en tantos otros vicios que suele aplaudir el vulgo intelectual, porque también en la intelectualidad hay vulgo. Cuidando de los detalles de la dicción gramatical, tradujo con sencillez lo que sentía y desenvolvió con claridad su pensamiento. He ahí un principio sano y lógico.

II

La facultad poética de Cisneros, acaso con cierta sorpresa para él mismo, experimentó una evolución. El horizonte que ante él se desenvolvía, adquirió tonos más precisos y luminosos; su espíritu se sintió llamado á mayores esfuerzos que las subje-

tivas y suaves expansiones. Y las circuntancias le prestaron favorable coyuntura para que batiese por vez primera las alas que brotaban sobre sus hombros.

Un joven príncipe subió las gradas del solio de sus mayores. Creíase que su mano, deteniendo la decadencia de España, rehabilitaría la raza que, tras de gobernar al mundo, apenas logra gobernarse á sí propia.

En el crepúsculo de una tarde, en los solitarios salones en que rindieron homenaje á los reyes del caduco absolutismo D. Alvaro de Bazán y D. Juan de Austria, el duque de Alba y el conde de Floriblanca, Hernán Cortés y Francisco Pizarro, Alfonso se durmió en su trono para no despertar. Libróse de ver caer las garras del león ibérico, como vieron otros tiempos caer las plumas del águila imperial!

El grito de angustia del noble pueblo cuya sangre bulle en nuestras venas, repercutió hasta nuestras playas. Cisneros lo recojió en su lira. ¿Quién de vosotros no sabe que su *Elegía* fué, en certámen extranjero, declarada la nota más sonora que en tal ocasión lanzó la poesía? (5).

Con un arte, cuyos secretos sorprendió en la soledad del estudio de largos años, sin la cual nadie es poeta en el siglo XIX' como nadie era caballero en el siglo XVI sin velar antes sus ar-

---

(5) Esta Elegía, la más conocida de las producciones de Cisneros, se publicó por primera vez en Lima, en el antiguo "Ateneo," Tomo III, pág. 274. Precédenla las siguientes líneas, debidas á la Dirección de la Revista: "En Noviembre de 1886, y con motivo de la celebración que anualmente se realiza en la Habana de los juegos florales, (sospecho que estas cosas han cambiado durante la dominación *yankee*,) reminiscencia simpática de las justas literarias ennoblecidas por Ausias March y los trovadores vascos, lemosines y provenzales, dióse lectura en el teatro de Tacon á los magníficos versos que hoy ofrecemos á nuestro público. No pocas de las composiciones leídas en ese certámen eran producción de plumas ya ventajosamente apreciadas en el campo de las letras; pero ninguna alcanzó á impresionar al auditorio más vivamente que la de nuestro compatriota. Abierto el pliego que contenía la contraseña y proclamado el nombre del autor de la tan galante como sentida Elegía, el aplauso fué unánime y estruendoso. El Jurado de la sociedad organizadora de los juegos florales, otorgó al señor Cisneros el premio de una medalla, acompañada del respectivo diploma, á la vez que la Diputación provincial le acordaba un premio extraordinario consistente en un juego de piezas de escritorio, con incrustaciones de oro."

mas; con un arte especial, hace el hijo del mundo de Colón pasar ante nosotros al infortunado Alfonso.

Fijando su situación personal, después de diferenciar su canto del rebuscado y servil de los rimadores de la Colonia,

cuando velera nave,
dando la vuelta al mundo
desde las playas de la costa ibérica,
anunciaba á la América
la muerte del monarca de Castilla;

dice:

Yo siento en mí que es digno
de la altivez de tu alma y de la mía,
al través de los mares,
desde apartada tierra
que formó parte de la España un día,
enviarte, cual corona
de flores que crecieron
en el vergel de americana zona,
canto de un hombre libre, ésta elegía
tributo de dolor y simpatía
á la alta magestad de tu persona.

Sin la invocación acostumbrada, que vá cayendo en monotonía é indiferencia, sin recursos meramente retóricos, entra en su asunto con actitud conveniente y firme. Se hace simpático, á la vez que despierta interés por su héroe, al aludir á él:

Ni eras tú quien oía
la baja adulación, sin que encontrára
desdén ó burla en tu mirada fría;
más cuando, franco y afectuoso, el hijo
de americano pueblo
iba en tí á saludar tu estirpe egrégia,
brotaba en tu semblante la alegría,
comprendías el gozo
del que, súbdito ayer y hoy soberano,

estrechaba en la suya
tu noble, augusta y generosa mano.

España tiene para nosotros reminiscencias bastantes para hermosear y engrandecer un tema, y en ellas envuelve el poeta la figura del héroe. Así completa su asunto, que no es sólo el monarca muerto, sino el pueblo que ese monarca gobernó y que llora sobre su tumba como se llora por una esperanza que se desvanece.

El símbolo material de la nacionalidad, sirve aquí para una personificación, grave como la verdad histórica y que impresiona hondamente:

¡Oh, llórete sincera
de la extensa familia en ambos mundos
el alma atribulada!
Lloremos los que amamos la bandera
que simboliza de la patria el nombre
por ser, al mismo tiempo, la heredera
de otra bandera amada;
de aquella que antes era
de destino común prenda sagrada,
la histórica, la antigua, la primera
que ha conocido el mundo, como el signo
del heroísmo de una raza entera;
de aquella enseña augusta
que, tristes prisioneras de los moros,
regándola con llanto,
bordaban en secreto nuestras madres;
que en Sagunto y Lepanto,
en Roma y en Mesina
y en Africa y Holanda y Palestina,
bravos como lëones,
muralla de acerados corazones,
defendían unidos nuestros padres!

Quintana, en uno de sus arrebatos líricos, poderosos como las olas que levanta el vendabal, evoca, bajo las bóvedas som-

brías de la mansión del Guadarrama, las visiones del príncipe Carlos y de Isabel de Valois. Cisneros se acerca también al Escorial, pero no con los acentos del anatema y del conjuro.

Trazando delicado enlace entre la primera parte de su producción y la segunda, en que ya debe limitarse á los actos de Alfonso, manifiesta que esa bandera fué la que aquél enarboló el día en que, cansada la nación de las exajeraciones anárquicas, restauró el trono como una seguridad de paz; que esa bandera fué con la que soñó volver su magnificencia á la patria; y que ella,

desde la altiva cúspide
del Escorial soberbio,
guarda bajo su sombra las cenizas
de su gran corazón, y al triste ruido
que brota de sus pliegues palpitantes,
su alma de rey y el pabellón querido—
separados amantes—
parece que cambiaran un gemido
de recíproco amor.................

¡Qué manera de descubrir el íntimo vínculo entre el soberano y el pueblo, vínculo que el ardor juvenil de Alfonso,—excepción en esto de los reyes, pues la forma monárquica no es sino la forma suprema del egoísmo,—no trepidó en llevar hasta la abnegación!

Separados amantes ....

Sólo una lira templada por excepcional poeta, puede despedir un acorde de vibración tan armónica!

No era el héroe de la *Elegía* un Napoleón en la guerra, ni un Enrique IV en la paz. Víctor Hugo no le hubiera colocado en la cima de la columna Vendôme para saludarle con la frase de la gloria; ni Voltaire hubiera empuñado la trompa épica para hacer resonar su nombre en medio de las generaciones lejanas. Precisaba, pues, huír de los extremos: la alabanza injusta y la falta de alabanza.

El carácter de Alfonso, abierto á anhelos de mejoramiento social y de prestigio para su corona; su intuición de la posición netamente constitucional que ocupaba, debida á la inteligencia de caudillo de Cánovas y á la espada de Martínez Campos,—espada é inteligencia desgastadas más tarde en la lucha con la libertad;—tales fueron los elementos de que se apoderó Cisneros, con perspicaz acierto, y sobre los cuales alzó su monumento de estrofas.

Ser rey, ser joven, aceptar la vida
como inmensa tarea,
dominando en el alma enardecida
del bien sin fin la generosa idea;
en hondo anhelo de ilustrar la historia,
sentir, cual viva llama
que el corazón inflama
y los grandiosos sueños acaricia,
el vehemente deseo de la gloria,
la santa aspiración de la justicia;
en paz ó en noble guerra,
sometido á la ley, ser soberano,
siendo el primer soldado de la patria
y el primer ciudadano............

En realidad, Alfonso, educado en un medio cortesano retrógrado en ideas é inmoral en cortumbres, supo, por lo menos, evitar aquellos extravíos que condujeron á Fernando VII y á Isabel II, á aprovecharse, no de los buenos, sino de los malos factores políticos, y á engañar á todos los partidos y á hundir y envilecer España. Él tendía, al contrario, sinceramente, á levantarla, uniendo su nombre, que llevó un rey sabio, Alfonso X de Castilla y León, al progreso en sus múltiples fases, y un rey justo, Alfonso XI, hijo del anterior, al mantenimiento del órden dentro del derecho. Estaba lejos de ser indigno de que se ocupase de él la poesía, última y elevada sanción de la vida.

El hombre de corazón generoso, se deja igualmente observar en el héroe. El poeta le canta:

Cuando de Múrcia los amenos campos
cubrió la inundación, cual mar bravía
que descendió de la fragosa sierra;
cuando por largos meses
el terremoto sacudió la tierra
de la bella y feraz Andalucía;
cuando la peste que del Ganges brota
y pasa por el mundo
difundiendo pavor en las naciones,
asoló numerosas
españolas regiones:
no como soberano,
cual amoroso padre, cual hermano,
á quien la triste suerte
de la familia el corazón destroza,
uniendo tu dolor al de los pueblos,
fuíste en persona hasta la humilde choza......

Acércase el momento culminante para el poeta. Tiene que dar las postreras pinceladas. El fuego sagrado le devora. Tiembla su mano............... ¿Cuál de las ideas que le persiguen, resumirá el torbellino de belleza que flota sobre su frente, erguida como la de un dios?

Acentuando la unidad del plan—Alfonso, España, el dolor por la muerte de aquél, revelado en los países americanos creados por ésta—con sobriedad, escribe:

Oh! No es cierto que el sol que iluminaba
la corona imperial de Carlos Quinto
y Felipe Segundo,
deja ya de alumbrar tierrra española
al recorrer el mundo!

¡Para tan magistral sucesión de valientes y estéticos rasgos, de realistas descripciones, de exactas observaciones psicológicas, de reflejos de la mayor y más nítida pureza que cabe en la forma

y de la mayor propiedad que cabe en el idioma; para tan alta producción, tan sublime final!

III

Si herís la límpida superficie de un lago, fórmanse en sus linfas, dormidas antes, círculos regulares y concéntricos que, extendiéndose, pueden tocar el verdor de la orilla. A semejanza del fenómeno de la naturaleza, la evolución de nuestro vate no se detuvo: dilatóse más y más, hasta vislumbrar el límite de las encantadas regiones de la Poesía.

Atributo del genio, una flor nueva desplegará el broche en el vergel de su pensamiento: la originalidad.

En la *Elegía á Alfonso XII*, debe considerarse como defectos una tendencia á la enumeración que prolonga demasiado los períodos, sobre todo cuando el metro es la silva, y una parte digresiva cuya relación con el asunto principal es muy indirecta y, en consecuencia, muy discutible.

Por desgracia, del primer defecto no se sacude todavía Cisneros: fáltale no confundir el período poético con el oratorio, en el desbordado torrente de su inspiración.

La que llamo parte digresiva de la *Elegía*, constituye, en otro aspecto, la alzada punta del velo que, corrido por completo pronto, nos infundirá particular admiración hácia el cantor de la industria y de la ciencia modernas. Habla, á través de notables amplificaciones, de la Electricidad,

rayo fecundo
que hoy maneja el mortal, no el que vibraba
Júpiter iracundo;

de la Mecánica,

el Hércules moderno

que, al dinámico impulso,
renueva á cada instante
la proeza titánica,
lanzando en leve polvo al infinito
la colosal montaña de granito;
de la Química,
que trasforma en brillante el cuarzo bruto.

Entre el cerebro y el corazón de Cisneros, se ha establecido una corriente intensa. Despreocupándose de cuanto le rodea, concéntrase, ávido de la luz que invocó, moribundo, el autor de «Fausto», no ya en un hombre, molécula de un átomo, no en un pueblo, átomo de la Creación, no en un Continente, simple conjunto de pueblos: concéntrase en nuestra especie toda. Sus sentimientos le hacen confiar en la realización de un ensueño de fé, de paz, de tolerancia; sus ideas le hacen cantar los inventos del siglo, que nadie cantó antes en tono igual. Isaías de vaticinios más naturales; Hugo de inclinaciones mejores; Homero de las batallas del alma; quiere que la humanidad descanse de las fatigas del camino, en brazos de la dicha que, como lluvia de oro, ha de descender un día de las fuentes del progreso.

¿Dónde, en qué literatura de las que, dentro de poco, recibirán el beso del siglo XX, encontrareis una concepción tan uniforme y tan vasta? Recorred las páginas del génio, y ni el brote del árbol del dolor que se titula «Childe Harold», ni el pedazo de mármol de un grande, pero obscuro templo, que se titula «El Diablo Mundo», únicos poemas de aspiración generalizadora que la Fama conoce, sostendrán, en cuanto á su alcance, la comparación con *Aurora Amor*. (6) Media entre éste y aquéllos, la distancia que entre la noche, que enjendra tinieblas, y el día, que difunde claridad.

---

(6) Lo que hasta la fecha conoce el público del grandioso poema de Cisneros, es el "Preámbulo," consistente en cerca de cien octavas reales y que leyó admirablemente en la instalación de la Academia peruana correspondiente de la Española de la Lengua, y los cantos "El mar y el hombre," "En el istmo de Panamá" y "Al siglo XX." Sucesivamente y en el mismo orden, me ocupo de cada uno de ellos.

Grave y altivo como el noble Dante
fué por los mundos que la muerte encierra,
de pueblo en pueblo, trovador errante,
cantando amor recorrerá la tierra.
E iré después, desconsolado amante,
á santa cita, que mi ser no aterra,
de alma que aún lloro......... á recibir el tierno,
eterno beso del amor eterno.

Todos los templos cuyas cumbres dora
el sol que pasa en la celeste esfera,
y en cuyas naves se prosterna y ora
pensando en Dios, la humanidad entera;
símbolo son de que en el bien adora,
de que otros siglos de ventura espera
y de que, á intintos del amor profundo,
la paz y el bien dominarán el mundo.

Ahí teneis al poeta, en pleno ejercicio de su misión. Vá á emprender su marcha por el teatro en que se representa el drama de la existencia; va á derramar los perfumes del amor sobre frentes abatidas y sobre fibras espirituales destrozadas; va, como ese Dante que él cita, á señalar á las multitudes sin consuelo la región en que no suenan sino voces de reconciliación y de esperanza. La Beatriz de Cisneros, no le acaricia á él sólo con su mirada: envuelve en sus inmortales reflejos á la humanidad!

Su Musa, que ha penetrado hasta el fondo de la Estética y de la historia de la literatura, no es la Musa griega que

---

Para el "Préambulo" he tenido á la vista la publicación hecha en "La Opinión Nacional" de 31 de Diciembre de 1887, más cuidada que la del folleto dado á luz entonces. En cuanto á los cantos, el señor Cisneros, accediendo á la súplica de un amigo común, me honró remitiéndomelos manuscritos, con correcciones que hacen que éste sea el texto definitivo.

Sé que el señor Cisneros tiene terminado un nuevo canto, enteramente inédito, que se halla en poder del ex-Presidente del Ateneo, D. Ricardo Rossel. No he llegado á leerlo, por lo cual me he limitado al exámen de los tres que el público conoce.

yace en la tumba—declinada estrella—
bajo la lira y el laurel de oro
como el cadáver de un vírgen bella.

....

Los astros detenían su carrera
para verla pasar, diciendo altiva
al mundo atento la virtud guerrera;
ó cuando, esbelta, en actitud lasciva,
por sobre el césped de feraz pradera,
sobre los mares azulados iba,
danzando al ritmo, derramando flores,
enviando besos y cantando amores.

No aspira á que su Musa sea la del peete latino:

Bebe á la fresca sombra del paisaje,
Horacio de sus viñas el tesoro,
y tiembla el sol, cernido entre el ramaje,
sobre el blanco mantel en ondas de oro
bellas esclavas, desceñido el traje
cántanle en torno voluptuoso coro,
tibios perfumes en el éter vagan
y el sol y el vino y el amor le embriagan.

Tampoco será su verso, como los tercetos de la «Divina Comedia», confuso engendro

de misticismo y ciencia y poesía.

Según él en la naturaleza

se encuentra la verdad y la armonía,
que muere el génio, el ideal y el nombre
pero no cambia el corazón del hombre.

La augusta fiesta en que la paz reparte
coronas de oro y de laurel fecundo,

y unen todos los pueblos su estandarte,
diadema de íris que ilumina el mundo;
ese es el génio de mi siglo, el arte

de noble aliento, de ideal profundo
que engendra el bien y lo sublime y tierno
¡ese es el arte universal y eterno!

Prorrumpe en estos apóstrofes, no se sabe cual más acabado:

¡Oh ciencia, que los astros colosales
pesas cual en la mano, y los fulgores
irizando á través de tus cristales,
analizar su polvo en los colores;
que descubres miriadas de animales
en cristalina gota, y de las flores
sorprendes la efusión santa y serena
del mudo amor que el universo llena!

¡Oh industria, cuyo brazo sobrehumano
taladra el túnel bajo inmensa sierra,
y unes al oceáno el oceáno
en abrazo de amor sobre la tierra;
que haces del globo como cráneo humano
que de los orbes el cerebro encierra,
cuando en tu red eléctrica palpita
y al mundo un mismo pensamiento agita!

Siguiendo la hermosa peregrinación, la crítica no puede ejercerse todavía sino sobre fragmentos, cuya larga série, una vez concluída, motivará el juicio sintético y definitivo, que ha de expresar si la ejecución correspondió á la idea, si el artista trasladó su arte á la realidad, si el poeta hirió con sus rayos olímpicos el blanco que se atrevió á levantar entre los espacios del mundo y los espacios estelares.

Ah! Pero el examen nada más que de análisis, aunque hecho por escalpelo débil como el mío, qué impresión tan

honda produce! ¡Cómo se satisface el espíritu al embeberse en un estro, modelo de robustez y elevación; en una forma que representa el gusto, el refinamiento, la exquisitez! ¡Con qué seguridad se puede afirmar que nadie ha escrito así en verso en el Perú, y acaso en América! ¡Cuán ciertamente, prescindiendo de ligeros errores y de aislados descuidos, se delinea de cuerpo entero el gran poeta!

La imágen más cercana del cuadro es el hombre primitivo. Se halla delante del mar, cuya cerúlea agitación contempla y cuyo sordo bramido oye por la primera vez. Presa de un ánsia que nunca estremeció sus tranquilos nervios, se pregunta

quien había
arrancado el fragmento de la tierra
que antes el ancha cavidad cubría,
y arrojado en el fondo
las verdes aguas de la mar bravía.

Al ánsia sucede el terror, al terror la huída, á la huída el delirio. Mas reacciona, é irguiendo

con donaire altivo
la gallarda figura,
que apenas abrigaba hecha girones
la breve vestidura;
de pié, casi en la margen
de la abrupta ladera,
ala tendida que sacude el viento
semejando la vasta cabellera,
miró de nuevo el hórrido oceáno
y le mostró la musculosa mano
como quien dice amenazando: «¡espera!»

Y cumplió el soberbio reto.

Dícelo á todo
el Universo el armonioso canto
de sumisión profunda

á la indomable voluntad del hombre,
cuya labor fecunda
con una faja vertical de tela
y un leve tronco, construyó el esquife
que la onda rasga y como en triunfo vuela.

La brújula, el timón, la vela, el vapor, la hélice, la nave de guerra con su artillería y coraza formidables, todos los perfeccionamientos de la navegación, arrancan una nota al harpa de Cisneros. ¡Y qué nota!

No se le escapa ni el rápido movimiento de vacilación de la aguja imantada que precede á la fija determinación del rumbo; ni la disposición oblícua de la tela que bate el mástil antes de inflarse y de mover la embarcación; ni la peculiaridad de echar las aguas atrás mientras lanza el buque hácia adelante, que tiene el más pujante de los propulsores, parecido en esto al corcel que hiere el suelo con sus extremidades y levanta polvo, para precipitarse en la carrera. Cisneros siente, observa y después canta.

Enlaza su tésis á las estrofas expositivas:

¿Qué importa, pues, que el piélago profundo
cuya faz el salvaje primitivo
con hondo asombro y con pavor veía,
extienda entre comarcas y naciones
de apartadas regiones
toda su augusta inmensidad sombría?

No; ya no son los mares cual barrera
que del pueblo lejano
separa al pueblo hermano,
El génio universal de nuestra era
convierte el océáno
en hermosa avenida,
fecundo campo de comercio y vida
de paz y amor para el linaje humano

La concepción es completa. No se le puede añadir ni quitar un verso. Para encontrar algo más bello, sería necesario

retroceder á los tiempos prehistóricos, y ver al hombre amenazando al mar; sería necesario abarcar de una mirada lo infinito del mar, y verlo subyugado por el hombre.

Pocas de las trasformaciones que las exigencias comerciales han impreso á la materia, posée mayor importancia, en el sentido de acercar pueblos, que la apertura del istmo de Panamá. Comprendiólo fácilmente el poeta de *Aurora Amor*; y al golpe de la draga

de férreo mecanismo,—
devorador abismo del abismo,—

en medio de los despojos del roto suelo americano, con sus toques realistas y sorprendentes, diluídos en imágenes, engalanadas pero claras y del mejor gusto, sin perder una palabra ni un sonido, encomia el ingénio del hombre en este otro género de empresas y surge en su memoria, orlado de resplandores que no palidecen, el descubridor del Pacífico, Blasco Núñez de Balboa.

Pinta la escena

casi fabulosa
en que, llegado á la más alta cumbre,
tras largas horas de mortal tortura,
de hambre, de sed y de calor terrífico,
del sol bajo la expléndida hermosura,
contempla el Sud Pacífico;
y corriendo hasta él, muéstrale ufano,
por vez primera, un pabellón cristiano,
grabó la arena de la vasta orilla
con el sello inmortal de su rodilla
¡y tomó posesión de ese occëano
en nombre de su augusto soberano
Monarca de Aragón y de Castilla!

Los titanes quisieron escalar el Olimpo, y sucumbieron; los españoles quisieron poblar, civilizar, constituír en sociedades un mundo sustraído al movimiento de la humanidad, y lo alcanzaron!

Después, la apoteosis.

El angel
que en lo infinito cuida
de las perpétuas, inmutables leyes
físicas y morales de la vida;

ve desfilar en el vacío los sistemas siderales,

las vaporosas
blancas y gigantezcas nebulosas,
los opacos planetas,
las miriadas de estrellas y los tristes
flamígeros cometas.

Entre las olas de astros, iluminada por el sol, iba también la Tierra, pero como grano de densa polvareda, como leve arenilla que el océano arroja sobre la playa. Y aunque

el angel sabía
que en la Tierra existía
algo como una larva pensadora,
paciente hormiga, abeja emprendedora,
contradictorio enjendro avasallado
por física miseria,
confuso ser dotado
de espíritu y materia,

no dejó caer en ella ni una mirada.

Sucédense los siglos, que aparecen en el tiempo como en la cordillera de los Andes los sobrepuestos picachos orlados de nieve; progresa el hombre, hasta el límite que hoy ha alcanzado y que ya comienza á remover. De repente, un lejano, agudo grito atraviesa la inmensidad del cielo. Es el angel,

el angel vigilante
de la fuerza callada y escondida,

que exclama:

«¡Señor!
¡alguien imita tu saber inmenso!

¡alguien iguala tu poder fecundo!
Hay en el globo mísero
de un sistema solar, quien ha logrado,
al través de los siglos,
escudriñar tus leyes. y ha soñado
perfeccionar el mundo;
y ¡oh gloria! ¡oh génio osado!
¡oh nobles triunfos! ¡inmortal tarea!
¡¡á fuerza de labor, concibe y crea
lo que tú no has creado!!

Y ötra voz, majestuosa é inefable, que brota de todos los puntos del abismo, llenándolo de cadencias, contesta:

«¡Gloria á Dios mismo,
que en el alma del hombre
puso la aspiración del idealismo,
como creciente incendio en la maleza,
y la sed insaciable
de la verdad, el bien y la belleza!»

Ahora el poeta está frente á Dios. Le interroga, le canta. ¡Abatamos nuestra nada ante su excelsitud, y mudos, absortos, no interrumpamos ese diálogo, digno sólo de que lo escuchen los siglos y los orbes! ....

La sublimidad es el ropaje, de severos pliegues, de la Musa de Cisneros. Allá, en la altura, tiene su morada, junto al calor del sol, pero templado por la frescura de las alas de los cóndores. Derramados á sus piés están todos los tesoros rítmicos.

Desenvuélvense ante ella «los sucesos y las glorias humanas, el ideal pagano, la belleza de la forma, la sensualidad de la materia hermosa, la epopeya antigua, el triunfo de la fuerza, las visiones dantescas alumbrando la sombra de toda una edad, las febriles concepciones del génio bíblico de Miguel Angel, el sentimiento y la civilización cristiana, la vida y el triunfo de la

inteligencia.» (7) «Nada turba la majestad y clarividencia de su espíritu.» (8)

El bien y el arte se resumen para ella en un ideal, superior á los exclusivismos de escuela, de radio tan extenso como el Universo, ideal que salvará al hombre del gran naufragio del dolor y hará germinar la vida en el seno mismo de la muerte! (9)

---

[7] J. Prado y Ugarteche. (Discurso de órden en la velada de la coronación "La Gran Revista," Num. cit.)

(8) Id. id. id.

(9) Existen otras poesías, publicadas en su mayor parte, de las tres épocas de Cisneros: la anterior á la *Elegía á Alfonso XII*, la de esta misma *Elegía* y la del poema *Aurora Amor*. Casi todas merecen entusiasta encomio, como brotadas de su pluma incomparable. Desgraciadamente, en un trabajo de la naturaleza del mío, no es lícito contraerse sino á las producciones principales.

Siquiera aquí llamaré la atención del lector sobre la bellísima silva *El momento supremo*, en que Cisneros canta al general D. José de San Martín, cuando proclamó en la Plaza Mayor de Lima la independencia del Perú. Esa composición fué declamada por un hijo del poeta en la velada que tuvo lugar en la Exposición el 29 de Julio de 1897.

Comienza:

¿Quién es aquél que en el corcel brioso
sobre la inmensa multitud descuella?
¿Quién es aquél que en el tropel vistoso
de espléndidos guerreros,
de ricos y brillantes caballeros,
marcha en silencio altivo, magestuoso?
....
Es San Martin. El grande entre los grandes
lo aclama ya la historia: es el glorioso
Aníbal de los Andes.

Pronuncia el héroe las palabras que rompieron para siempre la dominación de tres siglos, y al ondear

la bandera que en alto sostenía
su brazo prepotente,
sintió el pueblo que de ella descendía
como una bendición sobre su frente.

La imponente escena sugiere al poeta una profunda observación:

En la constelación de las naciones
hay una estrella más: pura, radiante,
se alza sobre la tierra
coronada de gloria;
sólo el autor del Universo sabe,
en sus arcanos, para el hombre obscuros,
lo que de ella escribirá la historia
en los siglos futuros..................

IV

¡Oh Poesía! Hija predilecta del arte, hermana de la Pintura, de la Escultura y de la Música, aspiración de las almas elevadas, latido de los corazones buenos, miraje de un oásis lleno de frescura!

En la noche de los siglos flota tu vestidura blanca, que no se contaminó con las bajezas de las pasiones, con los estragos del crímen. Apareces en la India, patria del misterio, componiendo poemas de amplitud tan inmensa que la sigue fatigado el pensamiento; dictas melodías á los pueblos orientales, cuyos ecos vagan, sin que se les comprenda ya, en las ruinas de Babilonia, Nínive y Egipto; encuentras en Homero un instrumento humano que vibra tan extraordinariamente que la «Ilíada» y la «Odisea» quedan como el eterno modelo de tu poder y de tu fuerza; levantas tu templo en Grecia, encantada de sus olas, de sus nubes y de sus mujeres, y besas en la frente á Safo, enlazas tus brazos al cuello de Píndaro y Anacreonte, de Tirto y Mosco y calzas el coturno para repetir las concepciones dramáticas de Eurípides, Sófocles y Esquilo; pasas el Mediterráneo, mar de la historia, y penetras, sonriendo, en Roma, que divide las rosas de sus diademas triunfales para adornar á César, conquistador del mundo, y á Virgilio, el de las «Eglogas», las «Geórgicas» y la «Eneida», á Scipión, vencedor de Aníbal, y á Marcial, príncipe del epigrama, á Trajano, el emperador sábio y justo, y á Horacio, el de las odas no igualadas; sigues tu peregrinación por las nacionalidades de Europa, y hablas por la boca del Dante, del Tasso, de Shakespeare, de Milton de Klopstock, de Gœthe, de Camoens, de Ercilla, de Rioja, de Fray Luis, de Calderón, de Corneille, de Moliére, y te agitas en el pecho de Byron, cuya mirada se dilata en horizontes insondables, de Heine, que coronó de génio la ironía, de Víctor Hugo, nacido pa-

ra forjar imágenes apocalípticas, y de Espronceda, que parece un árbol lleno de sávia tronchado por la tempestad!

Viniste á América, y la limpidez de su cielo, el caudal de sus ríos, la soledad de sus bosques, la altitud de sus montañas, se retrataron en el azul de tus ojos. Aquí adquiriste resonancias vírgenes. Lloraste en el yaraví de los Incas; entonaste con Olmedo el verdadero canto de la victoria; rugiste como un león en los apóstrofes de Mármol; proclamaste la fraternidad y el porvenir desde la trípode de Andrade; saliste á la escena á compartir los aplausos á Ventura de la Vega; dijiste al oído de Bello y de Gutiérrez González las armonías de la madre naturaleza; pusiste en manos de Zorrilla de San Martín la pluma de Bécquer, empapada en una idealidad más fecunda. Y Cisneros, el primer poeta peruano, brota de un destello de tu mismo espíritu!

Tú has creado, ¡oh poesía! las visiones y los ensueños. Combinaste los deliciosos elementos de que surgieron Leandro y Hero, Abelardo y Eloísa, Romeo y Julieta, Werther y Carlota. Atizas la hoguera del amor; iluminas la fantasía con colores que no hay en el íris; tráes rumores lejanos que transportan á regiones estelares. La esperanza te debe su prestigio. La libertad triunfa á tu voz. Cubres de flores el abismo; serenas las borrascas del alma; vigorizas las fibras del cerebro; ennobleces y retemplas los caractéres. El que quiere adorar la belleza, en la más adorable de sus formas, se acerca y se arrodilla ante tu gloria!

J. A. de Izcue.





ERRATAS

LUGAR	DICE	DEBE DECIR
Pág. 5 línea 28	**Pardo y Segura, Ferreyros y Seguín, Castilla y Novoa.**	**Pardo y Segura, Ferreyros y Seguín, *Castillo* y Novoa, *Sanz y Tirado*.**
,, 6 ,, 16	**preveer**	**prever**
,, 6 ,, 17. (nota)	**"En el aniversario de su Independencia."**	**"*A la Patria*, en el aniversario de su Independencia."**
,, 25 ,, 16	**Tirto**	**Tirteo.**

